

presentimiento que tuvo el místico de la renovacion religiosa. Cuando se hallaba la Europa católica bajo el yugo intelectual de la teología, y bajo el yugo político de la feudalidad, él comprendió cómo había menester la conciencia humana un rocío de nuevas ideas, y la humana sociedad un rejuvenecimiento universal. El cristianismo franciscano quedaba en el fondo idéntico al cristianismo tradicional; pero se abría su seno á nuevo espíritu, y este nuevo espíritu á celestial revelacion. En el ánimo de tan tierno poeta, parecido á los ebionitas del desierto y á los apóstoles y evangelizantes de la buena nueva, el Cristianismo no cambiaba el fundamento de sus dogmas, ni la esencia de sus ideas, como religion del espíritu, que admite la existencia de un solo Dios relacionado con el mundo por las leyes de su providencia, y con el espíritu por las ideas de su revelacion. Es mas, el Cristianismo para él no debía salir ni podía salir del seno de la Iglesia católica, su providencial y privilegiada depositaria. Pero el amor, la libertad, el sentido democrático, la mansedumbre, la humildad, la pobreza, la misericordia, la caridad, en su concepto, debían predominar sobre todas las demás categorías cristianas, sobre la autoridad, sobre la tradicion, sobre la fuerza, sobre la espada y la corona de los Papas constituidos en reyes como los Baltasares antiguos. San Francisco, sin decir claramente sus ideales, como cumple á un taumaturgo misterioso y á un profeta destinado por el cielo á provocar interpretaciones varias de sus fundamentales palabras, estaba llamado en los misteriosos designios del cielo á recordar la sustancia social contenida en los senos del Cristianismo y á poner en armonía el dogma que consolara por sus verdades á los débiles y redimiera á los opresos con la democracia que llamaba fuertemente á la puerta de los castillos feudales para disputarles sus privilegios y organizarse formidable, inspirada, vívida, en las comunidades y en las córtes.

Hasta San Francisco se había buscado en el Cristianismo antes la parte hierática y teológica que la parte política y moral. La sublime personalidad del santo volvió á revelar al mundo cómo puede un hombre solo cambiar el sentido social, cuando personifica vivamente una idea y condensa en su persona ese espíritu universal, que tanto tiene de divino. Como Cristo de Nazaret rompió el sentido estrecho de la Sinagoga mosaica sin renegar de sus verdades y de sus libros, Francisco de Asís rompió el sentido estrecho de la

Iglesia cristiana sin renegar de sus verdades y de sus libros. Así como Cristo concibió la unidad del espíritu humano, reuniendo en su persona el Dios de los semitas y el Verbo de los jafetas, Francisco reunió en su persona todas las clases sociales tan apartadas por las barreras del feudalismo, como apartadas habían estado entre sí las razas antiguas por las contradicciones de la religion. Después de todo, la democracia cristiana se contenía como en su germen y en su semilla en la idea del penitente de Asís. Y no puede dudarse que si, por la metafísica el Cristianismo es la religion que compenetra el espíritu humano con el espíritu divino, por la moral es el Cristianismo la religion que funda la igualdad. Cristo es el Dios de todos los hombres en general; pero en particular Cristo es el Dios de los esclavos. El mesianismo había nacido bajo los sauces de Babilonia en el cautiverio cantado por unos profetas que si llevaban el arpa divina en las manos, también llevaban el hierro de los esclavos al pié. En los tiempos cristianos la Biblia, comenzada por los cautivos del Egipto, á las orillas del Nilo, se concluía con los libros de los tribunos recluidos en el desierto y de los guerreros alzados en armas que recurrían á los esfuerzos de su palabra y de sus brazos para recabar la redencion de Judá. Cristo nació en una raza de siervos; su sangre fué sangre de una dinastía destronada y proscrita; su cuna un pobre pesebre, donde los ángeles del cielo y los animales del campo le ocultaban á las insidias de los tiranos; su infancia la persecucion y la fuga hácia el Egipto; su doctrina, el ideal de la libertad, y de la igualdad; su muerte la cruz, ese patíbulo del esclavo. Por consecuencia, cuando Francisco de Asís levantó al cielo sus brazos para pedir la renovacion del Evangelio y para clamar por los oprimidos y por los débiles, consumó relativa y proporcionalmente una revolucion en la edad moderna, tal como la revolucion que consumara en la edad antigua el Cristianismo.

Cuando se penetra en el monasterio de Asís, y se visitan sus tres sobrepuestas iglesias, cree uno, pasando desde las subterráneas á las superiores, pasar desde las catacumbas á las victorias cristianas, y desde el sepulcro de Cristo á su Tabor. En efecto, de aquella Iglesia cortesana del Oriente y de aquella Iglesia episcopal del Occidente, pasamos en tiempo de San Francisco á la religion del progreso, que no se contenta con las verdades allegadas y con

los Evangelios ya escritos, no: esperando el advenimiento del espíritu divino y una revelacion parecida de suyo á la revelacion del Sinaí, la primera entre las revelaciones divinas, y del Calvario, la segunda, cree que llamas vívidas iluminarán la frente de los humanos, y en esas llamas vívidas irán contenidas muchas y muy vivificadoras ideas. De tal impulso, en que la conciencia humana se aclara y abrillanta, recibiendo un soplo del espíritu divino, hay que derivar el gérmen de las artes plásticas, preparatorias del Renacimiento, y el espíritu de los concilios conjurados para democratizar á la Iglesia. Estas grandes Asambleas donde la universalidad de los fieles se hallaba representada por los obispos, tomando la forma parlamentaria, como se quiso en Basilea y en Constanza, ó uniéndose á la Iglesia griega como se quiso en Ferrara y en Florencia, hubiera impedido quizás que la Iglesia imperial de Constantinopla diera en el mahometismo y la Iglesia pontificia de Roma diera en el jesuitismo, doctrinas ambas de todo en todo contrarias á la verdadera libertad.

Cuando la imagen de San Francisco se disolvió y las esperanzas de los franciscanos pasaron; cuando los Concilios de Basilea y de Constanza se disolvieron ambos sin dejar ningun rastro en la Iglesia; cuando la voz de Savonarola, que si bien dominico, debia llamarse por las tendencias de su espíritu el postrer franciscano, aquella voz profética se ahogó y extinguió en las llamas de las hogueras; cuando vino el desfallecimiento universal por el universal desengaño, no quedó mas remedio que refugiarse á los cielos del arte y ver si de los cielos del arte podia bajar sobre los senos del espíritu humano alguna revelacion. Así lo comprendieron intuitiva é inconscientemente los artistas de aquella edad, y entre todos y sobre todos, el mas perfecto é inspirado, el celestial Rafael de Urbino. La paleta, de donde la Transfiguracion se levantaba junto á la Psiquis clásica, no contenia solamente los iris de un arte, contenia tambien las esperanzas y los ideales de una religion. Hoy, en nuestros días, se comprende intuitivamente tal verdad y se guardan para el gran pintor como para el gran cenobita centenarios y peregrinaciones demostrativos de la existencia real de un verdadero culto. En Asís háse verificado el centenario de San Francisco y en Roma el centenario de Rafael. Detengámonos un momento ante la figura histórica del pintor divino, por-

que nos detenemos ante una fase de la conciencia religiosa y ante un esfuerzo titánico empleado indeliberadamente por el genio para impedir que saliera el humano espíritu de los senos de la Iglesia católica.

Los congregados en el Panteon romano para prestar culto religioso al primero entre todos los pintores modernos ¡ah! se dirigian á una especie de Dios: que tal dictado merece, no solamente por las virtudes sobrenaturales de su alma creadora, sino por la obra inmensa, verdadero Universo de ideas, que ha dejado en el espacio, y que debe vivir, si ha de corresponder á su grandeza, tanto como duren los tiempos, en serena y celestial inmortalidad. Los cuadros de Rafael, como todas las creaciones superiores del alma humana, como los diálogos de Platon, como las novelas de Cervantes, como los dramas de Shakespeare, como las sinfonías y las óperas de Mozart, como las oraciones fúnebres de Bossuet, arrancan universal admiracion á todas las clases, á todas las condiciones, á todas las edades; lo mismo á los humildes que á los poderosos, lo mismo á los ignorantes que á los sabios; porque, identificadas en ellas, por combinacion extraordinaria, la gracia con la profundidad y la forma con la idea, se posesionan de todas nuestras facultades, enseñoreándose por igual tanto del sentido como de la inteligencia, y del corazon como del ánimo, con la eterna y avasalladora soberanía de su incomparable idealidad.

Rafael es un arte y una religion. Su vida, breve como la vida de Cristo, deja en la historia y en la conciencia, tomadas bajo su aspecto estético, las luminosas estelas, solo comparables á las nebulosas del cielo, que se llaman revelaciones, por aparecer como una condensacion tan grandiosa del espíritu humano y de sus benditos ideales que solo á lo divino puede compararse, y solo por una increíble aproximacion á Dios y á su virtud creadora comprenderse desde nuestra miseria y poquedad. En los días de su existencia terrestre recorrió todo el zodiaco de la humana inteligencia y se paró en todos sus signos, despidiendo aquella grande alma de sus resplandores, con la luz etérea el calor vívido, en tales términos, que, desceñido de su vestidura terrestre, de su organismo, de su existencia circunstancial, vive allá, bajo las bóvedas de los templos y sobre las aras de los altares, convertido en verdadero y purísimo ideal. La hermosura fué su casta musa, la esposa eterna

de su alma, la vision beatífica de sus éxtasis, la divinidad de sus oraciones, el principio y el fin de su existencia; y al tratar de realizarla en todas las obras de su pincel, como la viera en todos los instantes de su vida y la idolatrara con todos los latidos de su corazon, ha dado forma y ser á una categoría del entendimiento humano, al par que nos ha traído al mísero alcance de nuestra vista intelectual uno de los mas esenciales y mas propios atributos de Dios.

Así como se observan y estudian los pasos de la pintura italiana, viendo en Rávena las imágenes bizantinas con toda su rigidez litúrgica; en Padua las obras del Giotto, en las cuales el antiguo cendal hierático se rompe y la vida de la naturaleza comienza, para extenderse luego por estos tres grandes monumentos, la iglesia de Asís verdaderamente dantesca; el cementerio de Pisa, con sus albores del Renacimiento; y la catedral de Orvieto, donde asoma ya el nuevo arte; Rafael de Urbino, criado en los valles de Umbría, va desde su hogar á Perusa, y allí conversa con el Perugino; desde Perusa á Siena, y allí colabora con Pinturricchio; desde Siena á Florencia, y allí observa las puertas de Ghiberti, las Vírgenes de Angélico, los frescos de Masaccio; desde Florencia á Roma y allí recoge las ideas platónicas traídas por los Médicis de los jardines del Arno y las ideas teológico-humanistas predicadas por los ciceronianos y por los helenos, al mismo tiempo que, absorto sobre las excavaciones, interroga las ruinas antiguas, de las cuales surgen, cual enjambres de abejas luminosas henchidas de la miel del Hibla, las inspiraciones clásicas, romanas y griegas, que juntándose con las inspiraciones católicas, llegan á producir en la humanidad una transfiguración, tan sublime como aquel cuadro divino, que colocado el día de sus funerales tras la yerta cabeza de Rafael dormido en su ataud, no solo significaba la metamorfosis etérea y angélica del espíritu de tan grande artista, sino la síntesis de todas las edades de la historia y el verdadero Tabor de toda la terrestre humanidad.

Jamás ningun alma se desarrolló de modo tan natural como esta increíble alma de revelador. Lo que la crítica llama las varias maneras de su pintura, no es otra cosa en el fondo que un resultado propio de las edades naturales y de las fases varias de su alma, una en esencia; y de la correlación entre la unidad del alma y la movilidad y variación de la vida. En su primera época,

representada por el cuadro de los desposorios, la influencia mística de la educación maternal y la inevitable autoridad del maestro de escuela dominan su pincel como deben dominar su alma. Los personajes místicos del cuadro tienen el sello de la oración bebida en los labios de una madre, sí, el sello de la misa rezada en la parroquia mas cercana de la paterna casa; el sello de los rosarios dichos al toque del Ave María, antes de recogerse y dormirse en su inocencia el niño bajo las áureas alas del Angel de la Guarda, mientras los personajes profanos tienen todo el aire de aquellos señores de la «Sala del Cambio» en Perusa, obra del Perugino, que tanto se asemejan, por sus trajes, por sus preseas, por sus plumas, por sus espadas, por sus brocados, por su aire maton y aventurero, á los personajes fantásticos de las leyendas y de los poemas, que á la sazón se despertaban, animados por las tibias auras de aquella primavera, con el pecho asaltado de propensiones invencibles al goce del amor y á la embriaguez de la vida. Nada mas beato y ortodoxo que aquella Virgen María, digna de un cuadro de Fra Angélico, y quizás trazada de hinojos, como el gran pintor monástico trazaba sus Vírgenes, y nada tan florentino, tan heleno, tan propio de aquella Pascua del Universo material que se llama Renacimiento, como el hermoso jóven que rompe una vara en sus rodillas y que parece venir al seno de aquel templo semi-cristiano y semi-bíblico, después de haber esculpido un bajo relieve ante un modelo antiguo y haber en las florestas del nuevo Academo recitado bajo los plátanos de Oriente, al susurro del Arno, páginas de los banquetes de Platon y estancias de los idilios de Teócrito. Rafael no fuera tan profundamente humano, como es en toda su vida, si la educación cristiana de su madre y la educación académica de su maestro no hubieran con tan profunda influencia instruido y modelado en los comienzos su genio.

Mas, contempladlo así en Sienna como en Florencia luego; y vereis en aquella multitud de figuras, á cual mas animada, que se pasean por la inmortal sacristía ideada por Piccolomini, el período juvenil de su vida, la florecencia de su alma, cuando va desde Urbino al monasterio de Asís, y desde el monasterio de Asís á las iglesias de Perusa, y desde las iglesias de Perusa á la sacristía de Sienna, y desde la sacristía de Sienna al Carmine y al Baptisterio de Florencia, en legion, en coro, como cumple á la edad de las